

hubiera contestado. Entonces, aquella misma noche, en la iglesia, sobre mi ensangrentado féretro, mi honrada hija Diana hubiera podido orar por un padre honrado. No vengo á pedir os á mi hija; el que no tiene honor no tiene ya familia. Que os ame ó no con amor insensato, nada me importa ya; despues de que la habeis hecho perder la vergüenza, retenedla en vuestro poder. Pero me propongo venir á turbar todos vuestros festejos; y hasta que un padre, un hermano ó un marido me vengue de vos, lo que tarde ó temprano sucederá, me vereis penetrar en todos vuestros banquetes y deciros siempre: "Habeis obrado mal." Y me tendreis que escuchar avergonzado hasta que yo termine. Para obligarme á callar, pensareis en entregarme al verdugo; pero no os atrevereis: tendreis miedo de que venga á hablaros mi espectro con la cabeza en la mano.

REY. (Sofocado de cólera.) ¡Es inverosímil tanta audacia y tanto delirio! (A PIEUNE.) Duque, prended á ese lenguaraz.

El duque hace una seña y dos alabarderos se colocan á uno y otro lado de SAINT-VALLIER.

VALL. (Levantando los brazos.) Malditos seais los dos. (Al REY.) Hacedis mal en soltar un perro contra el leon moribundo. (A TRIBOULET.) Y tú, bufon viperino, que has escarnecido el dolor de un padre, ¡maldito, maldito seas!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

Saltabadi

El rincón más desierto del callejón sin salida de Bussy.—A la derecha una casita de reservada apariencia, con un pequeño patio, rodeado de pared, que ocupa una parte del teatro.—En el patio hay algunos árboles y un banco de piedra. En la pared una puerta que dá á la calle, y encima de la pared una galería con arcadas del estilo del Renacimiento.—La puerta del primer piso de la casa dá á la terraza, que se comunica con el patio por medio de una escalera.—A la izquierda del teatro se ven las altas tapias del jardín del palacio de Cossé.—En el fondo casas lejanas y el campanario de San Severo.

ESCENA PRIMERA.

TRIBOULET y SALTABADIL.—A su tiempo PIEUNE y GORDES por el foro.

TRIBOULET, embozado, aparece en la calle y se dirige hácia la puerta de la pared de la casa. SALTABADIL, vestido de negro y embozado también, y con espada, cuya punta asoma por debajo de la capa, vá siguiéndole los pasos.

TRIB. ¡Cómo me maldijo aquel anciano!

SALTABADIL. (Acercándosele.) Caballero!... TRIB. Ah! (Registrándose los bolsillos.) No llevo dinero.

SALT. Qué diablo! Tampoco os lo pido.

TRIB. Entonces, alejaos de aquí.

Sale PIEUNE y GORDES, que se quedan en el foro observando.

SALT. Me habeis juzgado mal; soy hombre de armas.

TRIB. (Será algun ladrón?)

SALT. No temais nada. Veo que rondais por aquí todas las noches, y presumo que vigilais á alguna mujer.

TRIB. No acostumbro á revelar á nadie mis secretos.

Quiere marcharse y SALTABADIL le retiene.

SALT. Por vuestro propio interés me inmescuyo yo en los vuestros. Si me conocierais me tratariais mejor.

Acercándosele más.

¿Ha puesto acaso algun fátuo los ojos en vuestra mujer? Estais celoso?

TRIB. Acabemos. ¿Qué es lo que queris?

SALT. Si me dais una buena propina hago desaparecer á vuestro rival.

TRIB. Ah! Bien, muy bien.

SALT. Ya veis que soy hombre honrado.

TRIB. Pardiez!

SALT. Y que os sigo con buenas intenciones.

TRIB. En efecto, sois un hombre útil.

SALT. Soy el guardian del honor de las damas de la ciudad.

TRIB. ¿Y cuánto cobrais por matar á un rival?

SALT. Segun sea éste y segun la habilidad que se necesite.

TRIB. Por despachar á un gran señor.

SALT. Los grandes señores van muy bien armados; por consiguiente, hay que dar y recibir. Un gran señor es caro.

TRIB. Caro! ¿Que acaso los villanos se dejan matar?

SALT. Pero matar á un gran señor es cosa de lujo, y por regla general solo se lo permiten los hombres bien nacidos.

Hay quien, gastando una buena cantidad, quiere echársela de caballero y se vale de mí, dándome la mitad antes y despues la otra mitad.

TRIB. Como os exponeis á ir á la horca...

ESCENA II.

TRIBOULET solo.

El bufon abre cautelosamente la puerta que dá al patio, despues quita la llave y la vuelve á cerrar por dentro, dando algunos pasos por el patio, preocupado é inquieto.

Cómo me maldijo el anciano!... ¡Mientras me maldecia me estuve burlando, pero interiormente me espantó su maldicion. (Se sienta en el banco, junto á la mesa de piedra.) La naturaleza y los hombres me han hecho perverso, cruel y cobarde. Me pone rabioso ser bufon y ser deforme, y este pensamiento nunca me abandona, ni cuando velo ni cuando duermo. ¡Ser el bufon de la corte, y sin querer y sin ganas tener la obligacion de hacer reir! Esto es un exceso de oprobio y de miseria. Ni siquiera tengo el derecho de que pueden usar los soldados reunidos alrededor de su bandera; ni el derecho que tiene el mendigo español, y el esclavo de Túnez, y el forzado en la galera, y todo hombre que respira: el derecho de llorar cuando quiere; cuando, triste y despechado y con el disgusto que me causa mi deformidad, adusto y solitario, quiero recogerme para llorar mi desgracia, se me aparece de improviso mi señor, mi señor omnipotente, mi señor dichoso, el hermoso rey de Francia, que me dá un puntapié y me dice bostezando: "Bufon, hazme reir." Odio al rey y á los señores; les hago pagar caros sus desprecios y busco bien mis desquites. Soy el demonio familiar que aconseja, que tienta á su amo, y que en cuanto puede agarrar entre sus uñas un corazón lo destroza ó lo mata. Vosotros me hicisteis perverso y me vengo de vosotros. Pero no es vivir mezclar la hiel en el vino con que los otros se embriagan, pasar como génio maléfico en los festines, turbar la dicha de los que gozan, desear el mal ageno y guardar y esconder tras de la burlona sonrisa un odio eterno que me envenena el corazón. (Levantándose del banco de piedra.) Pero al llegar aquí me olvido de todo: soy otro hombre al pasar esa puerta. Se me borra de la memoria el mundo de donde salgo. Aquí no debo traer nada de él. ¡Cómo me maldijo el anciano!... ¿Por qué me perseguirá con tal insistencia este pavoroso recuerdo? ¡Con tal de que no me suceda ninguna desgracia! Bah! Soy un necio.

Se acerca á la puerta de la casa y llama: abren y aparece una jóven vestida de blanco, que le abraza con alegría.

SALT. No... porque pagamos nuestros derechos á la policia.

TRIB. A tanto por hombre?

SALT. Pues... A menos que... no mate uno al mismo rey.

TRIB. Y cómo te lo arreglas?

SALT. Mato en la ciudad ó en mi casa, segun me exigen.

TRIB. Eres muy considerado.

SALT. Para trabajar fuera de casa tengo un estoque agudo y muy bien templado, me escondo, acecho á la víctima y...

TRIB. Y dentro de casa?

SALT. Tengo allí á mi hermana Magdalena, que es una moza tan gentil como fuerte y atrevida, que baila en las calles y en las plazas, y que atrae el galán á casa y...

TRIB. Ya comprendo.

SALT. Pero esto se hace sin ruido, decentemente. Hacedme el encargo y os juro que quedareis contento. No soy hombre de puñal, como los bandidos, que se juntan ocho ó diez para no hacer nada. Ved el instrumento que yo gasto.

Saca una espada desmesuradamente larga.

TRIB. (Retrocediendo.) Por ahora no la necesito; mil gracias.

SALT. (Envainando la espada.) Pues cuando me necesiteis me encontrareis siempre á medio dia paseándome por la fonda del Maine. Me llamo Saltabadi.

TRIB. Sois gitano?

SALT. Y borgoñon.

GORD. (Tomando nota.) Es un hombre que no tiene precio y apunto su nombre.

SALT. No por eso penseis mal de mí.

TRIB. No! Qué diablo! Es preciso tener algun oficio.

SALT. O ser un mendigo, un holgazán ó un miserable. Tengo cuatro hijos.

TRIB. Que debeis educar... Ea, adios. (Despidiéndole.)

PIEU. (A GORDES.) (Aun hay bastante luz y temo que Triboulet nos vea. (Se van GORDES y PIEUNE.)

TRIB. Buenas tardes.

SALT. Estoy siempre á vuestras órdenes. (Váse.)

TRIB. Nos parecemos los dos; yo tengo la lengua acerada y él la espada puntiaguda. Yo soy el hombre que rie y él es el hombre que mata.

ESCENA III.

TRIBOULET, BLANCA y en seguida la SEÑORA BERARDA.

TRIB. Hija mia! Abrázame bien. A tu lado todo me sonríe. ¡Qué feliz soy contigo! Eres más hermosa cada día. No careces de nada, es verdad? ¿Estás bien aquí?

BLANCA. Qué bueno sois, padre mio!

TRIB. Es porque tú eres para mí la vida y la felicidad; si tú no existieras, qué sería de mí?

BLAN. Estais suspirando! ¿Teneis pesares secretos? Confíadlos a vuestra hija. Ah! Aun no sé quién es mi familia.

TRIB. No tienes familia, hija mia.

BLAN. Ignoro hasta vuestro nombre.

TRIB. ¿Qué te importa cómo me llamo si te adoro?

BLAN. Los vecinos de la pequeña aldea donde me crié me creían huérfana antes de que viniérais a recogerme.

TRIB. Lo más prudente hubiera sido que te hubieras quedado allí. Pero yo no podía vivir lejos de tu lado, y tenía necesidad de que un ser me amase. Mira, no salgas de casa.

BLAN. En los dos meses que hace que estoy en esta casa, apenas he ido ocho veces a la iglesia.

TRIB. Bien.

BLAN. Padre mio, habládme de mi madre.

TRIB. Por compasión no despiertes en mí tan amargo pensamiento, no me recuerdes que en otro tiempo encontré una mujer distinta de las otras mujeres, que tuvo lástima de mí al verme solo, aborrecido y despreciado, y me amó por mi miseria y por mi deformidad. Murió llevándose consigo a la tumba el secreto de un amor fiel, que pasó por la vida para mí como un relámpago. ¡Séale la tierra ligera! Desde entonces tú sola me quedas en el mundo.

BLAN. Padre mio, si llorais me partís el corazón.

TRIB. (Amargamente.) ¿Pues qué te sucedería si me vieras reír?

BLAN. Qué teneis, padre mio? Deposidad en mi pecho todas vuestras penas.

TRIB. No... no. Soy tu padre y basta. Fuera de aquí, unos me temen, otros me desprecian, y hasta hay quien me maldice. ¿Qué conseguirías con saber mi nombre? Quiero al menos en este rincón del mundo, a tu lado, aquí donde habita

la inocencia, ser solo para tí padre cariñoso y augusto.

BLAN. Padre mio!

TRIB. (Abrazándola.) Te amo tanto como odio a todos los demás. Siéntate a mi lado y hablemos. ¿Quieres mucho a tu padre? Tú, mi querida Blanca, eres la única felicidad que el cielo me ha concedido: otros tienen padres, hermanos, amigos, esposas, vasallos, muchos hijos, ¿qué sé yo? Yo solo tengo a mi hija. Otros son ricos y tú eres mi riqueza. ¡Oh, si llegara a perderte... no podría soportarlo!... Mirame y sonríete: cuando te sonríes te pareces a tu madre, que también era muy hermosa.

BLAN. Quisiera poderos hacer feliz.

TRIB. Si soy muy feliz contigo! ¡Qué hermosos son tus cabellos negros! (Acariaciéndolos.) Cuando niña eras rubia. ¡Quién lo había de decir!

BLAN. Una tarde, antes de oscurecer, quisiera salir un poco para ver Paris.

TRIB. (Con impetu.) Eso jamás! ¿Has salido alguna vez con Berarda?

BLAN. No, no.

TRIB. Cuidado!

BLAN. Solo he ido a la iglesia.

TRIB. (Si la vieran, la seguirían y quizás me la robaran. La hija de un bufon no inspira respeto, y causaría risa deshonrarla.) Te suplico, Blanca, que permanezcas viviendo encerrada aquí. Respirar el aire de Paris es malsano para las mujeres. ¡Si supieras cuántos libertinos hay en la ciudad, sobre todo entre los señores!

BLAN. No os hablaré más de salir. No lloreis por eso, padre mio.

TRIB. Esto me alivia. (Lloro porque reí mucho anoche... pero ya anochece y es tiempo de ir a ponerme el collar.) (Levantándose.) Adios.

BLAN. Volvereis pronto?

TRIB. Sí... aunque yo no soy dueño de hacer lo que quiero. Berarda! (Llamando.)

Aparece en la puerta de la casa una dueña vieja.

BERARDA. Señor!...

TRIB. ¿Habeis notado si cuando vengo me vé alguien entrar?

BER. Nadie, señor. ¡Si esto es un desierto!

Es casi de noche. En la calle, y a la otra parte de la tapia, aparece el REY disfrazado con traje oscuro y sencillo, y examina la altura de la pared y la puerta cerrada, dando muestras de impaciencia y de despecho.

TRIB. Adios, hija mia. (Abrazándola.) ¿Habeis cerrado bien la puerta que dá al terraplen? (A la dueña.)

BER. Sí, señor.

TRIB. A espaldas de San German me han dicho que hay otra casa más retirada que esta todavía. Mañana iré a verla.

BLAN. Padre mio, ésta me gusta por la terraza, desde la que se ven jardines.

TRIB. ¡Por Dios, no subas a la terraza! (Escuchando.) Parece que andan por fuera de la puerta.

Vá a la puerta del patio, la abre y mira a la calle con inquietud. El REY se ha ocultado en un hueco que hay cerca de la puerta, que deja entreabierto TRIBOULET.

BLAN. ¿No puedo salir por las tardes a respirar un rato en la terraza?

TRIB. Te podrían ver, y no pongais nunca luz en la ventana, Berarda.

El REY, a espaldas del bufon, por la puerta entreabierto se desliza en el patio y se esconde tras un árbol.

BER. ¿Y cómo quereis que entre aquí ningun hombre?

BERARDA se vuelve y apercebe al REY detrás de ella. Al momento que vá a gritar, el REY le tapa la boca y le pone en la mano una bolsa, que ella aprieta.

BLAN. ¿Para qué tomáis tantas precauciones? Qué temeis, padre mio?

TRIB. Por mí nada, por tí todo. Adios, hija mia.

Un rayo de luz de la linterna que tiene la dueña en la mano alumbra al padre y a la hija.

REY. (Es Triboulet! ¡Y mi desconocida es su hija! Curiosa historia!)

TRIB. (Volviéndose desde la puerta.) Decidme, ¿cuando vais a la iglesia os sigue alguno?

BLANCA inclina los ojos al suelo.

BER. Jesús! Nadie.

TRIB. Si os siguiera alguno pedid auxilio.

BER. Desde luego.

TRIB. Y si llaman a la puerta no abrais nunca.

BER. Aunque fuese el rey?

TRIB. Sobre todo si es el rey.

Abraza por última vez a su hija y sale, cerrando tras sí la puerta.

ESCENA IV.

BLANCA, BERARDA y el REY, escondido detrás del árbol.

BLAN. Tengo así como un remordimiento...

BER. De qué?

BLAN. ¡Como mi padre de todo se alarma y se espanta!... Debía haberle dicho que los domingos cuando vamos a misa nos sigue un galán. Aquel galán mozo que tú sabes.

BER. Niña, esas cosas no se deben referir a los padres, y más cuando son,

como el vuestro, huraños y raros. ¿Pero os es antipático ese mozo?

BLAN. Al contrario... desde que le ví estoy siempre pensando en él. Desde el día que sus ojos hablaron a los míos, le tengo siempre presente y me parece que soy suya... Ilusiones infantiles! Me parece que es más alto que los demás hombres y muy altivo y muy arrogante.

BER. Realmente es un buen mozo.

Pasa cerca del REY, que le dá un puñado de monedas.

BLAN. El hombre debe ser así.

BER. Parece caballero y noble.

Tendiendo la mano al REY, que vuelve a darle dinero.

BLAN. A sus ojos se asoma un gran corazón.

BER. Verdaderamente que es así.

A cada palabra que dice tiende la mano al REY, que le sigue dando monedas.

BLAN. Debe ser valiente.

BER. Temerario.

BLAN. Tierno.

BER. Y generoso. (Alargando la mano.)

REY. (Como la vieja me admira al por menor, me ha dejado exhausto.)

BER. Se conoce que es un gran señor.

BLAN. Pues yo, en vez de un noble ó un príncipe, quisiera que fuera un pobre estudiante... así me amaría más...

BER. Es posible! ¡Qué mal gusto tienen estas jóvenes! Pues que ya debe haberse quedado sin blanca, no le elogio más.)

BLAN. ¡Cuánto tardan en venir los domingos! Cuando no le veo estoy triste. El otro día, al llegar la misa al Ofertorio, creí que me iba a hablar, y el corazón me saltaba de alegría en el pecho. Creo que mi amor también le absorbe, y estoy cierta de que lleva mi imagen grabada en el alma. Creo que para él no existen juegos ni diversiones... creo que no piensa más que en mí. Hay noches que sueño en él y que creo tenerlo aquí, delante de mis ojos...

Sale el REY de su escondite y se arrodilla a sus pies, mientras ella mira al otro lado.

Y que le digo: Estate contento, sé feliz... porque yo te a...

Se vuelve, vé al REY y se para petrificada.

REY. Te amo! Acaba de decirlo. Nada temas. ¡Suenan tan bien esas palabras, pronunciadas por tus graciosos labios!

BLAN. (Asustada, buscando con la vista a la dueña, que ha desaparecido.) Berarda! No, está! ¡Oh Dios!

REY. (Siempre de rodillas.) Los amantes dichosos deben estar solos.

BLAN. (Temblando.) De dónde salís?

REY. Del infierno ó del cielo. Que yó sea Satanás ó Gabriel, nada debe importaros si os amo.

BLAN. ¡Oh Dios, tened compasion de mí! Creo que nadie os habrá visto entrar, pero salid, porque si mi padre...

REY. ¡Que salga de aquí cuando te tengo en mis brazos, cuando te pertenezco y me perteneces! Me has dicho que me amas.

BLAN. (Confundida.) (Lo ha oído!)

REY. ¿Qué armonía más divina hubiera podido oír?

BLAN. Pues ahora que habeis conseguido hablarme, os suplico que salgais de aquí.

REY. No debo salir, porque mi suerte está ligada á la tuya, porque vengo á despertar tu corazon de niña, y el cielo me ha elegido para que abra al amor tu alma virginal y tus ojos á la luz, porque el amor es el sol del alma. No hay en la tierra, donde todo es efímero, más que una cosa durable y divina, el amor. ¡Oh Blanca! Tu rendido amante te trae la felicidad que tímidamente esperabas. Oh, amémonos, vida mia!

Quiere abrazarla y ella le rechaza.

BLAN. Dejadme por Dios.

El REY la estrecha al fin en sus brazos y la besa.

BER. (Desde el fondo.) (Esto vá viento en popa.)

REY. Dime que me amas.

BER. (Truhán!)

BLAN. (Inclinando los ojos al suelo.) Ya lo habeis oído, ya lo sabeis.

REY. Soy dichoso!

BLAN. Estoy perdida!

REY. No; eres feliz conmigo.

BLAN. Sois un extraño para mí; decidme cómo os llamais.

BER. (Ya es tiempo de que lo sepa.)

BLAN. No sereis un gran señor; ¡mi padre les teme tanto!

REY. No lo soy; me llamo Gaucher Mahiet; soy un pobre estudiante.

BER. (Embustero!)

Entran en la calle PIEUNE y PARDAILLAU, embozados y con una linterna sorda en la mano.

PIEU. Aquí es.

BERARDA baja precipitadamente de la terraza y avisa á BLANCA.

BER. Hablan en la calle.

BLAN. (Espantada.) Quizá sea mi padre.

BER. Partid, caballero.

REY. ¡Si pudiera apoderarme del que así me estorba!

BLAN. (A BERARDA.) Hazle salir por la puerta que dá al muelle.

REY. Separarme de tí tan pronto! Me amarás mañana?

BLAN. Y vos?

REY. Toda la vida.

BLAN. Me engañareis, porque engaño yo á mi padre.

REY. Nunca. Ahora, Blanca, un beso de despedida.

BER. (Es muy besucon.)

BLAN. No, no.

El REY la besa y sigue á la dueña; BLANCA los sigue con la vista. Entre tanto aparecen en la calle varios caballeros armados y con máscaras. Noche oscurísima. Los caballeros, que han ocultado la linterna sorda bajo las capas, se entienden por señas. Les sigue un criado llevando una escala.

ESCENA V.

LOS CABALLEROS, luego TRIBOULET y despues BLANCA.

BLANCA aparece en la puerta del primer piso, en la terraza; lleva en la mano una luz, que alumbra su rostro.

BLAN. Se llama Gaucher Mahiet el hombre que yo adoro.

PIEU. Señores, allí está.

PARD. Es verdad.

GORD. Será alguna beldad vulgar.

PIEU. Te gusta, conde?

MAROT. No es fea la villana.

GORD. Es una hada, un ángel, una diosa.

PARD. Pues es la manceba del hipócrita bufon.

GORD. Es un tunante.

MAROT. La más hermosa siempre le toca al más feo, porque Júpiter se complace en cruzar las razas.

BLANCA se retira por donde ha salido y se vé la luz al través de la ventana.

PIEU. Señores, no perdamos el tiempo. Resolvimos castigar á Triboulet, y con ese objeto hemos venido aquí provistos de una escala. Escalemos, pues, las paredes y robémosle á su compañera; llevémosla al Louvre, y que al levantarse mañana el rey se la encuentre en palacio.

COSSÉ. Si el rey interviene en esto...

MAROT. El diablo desenredará la trama.

PIEU. Pues ea, manos á la obra.

GORD. Verdaderamente esa mujer es bocado de rey.

Salen TRIBOULET.

TRIB. (Vuelvo... á qué? No sé por qué vuelvo.)

COSSÉ. (A los otros.) Señores, decidme si os parece bien que el rey sople la dama á todo el mundo. Querría yo saber lo que diría si alguno le escamotease la reina.

TRIB. (No puedo olvidarme de la



¡PADRE! ¡PADRE MIO! ¡SOCORRO!

maldición del anciano... ¡Estoy perturbado!

La oscuridad es tan densa que no vé á GORDÉS, con el que tropieza al pasar.

Quién es?

GORD. Es Triboulet, señores!

COSSÉ. Doble victoria; matemos al traidor.

PIEU. Eso no.

COSSÉ. Está en nuestro poder.

PIEU. Sí; pero ¿quién nos divertirá mañana?

GORD. Nos estorbará.

MAROT. Yo le hablaré y lo arreglaré todo.

TRIB. (Parece que hablan en voz baja.)

MAROT. (Acercándosele.) Triboulet?

TRIB. Quién es?

MAROT. No te asustes; soy yo.

TRIB. Quién eres tú?

MAROT. Marot.

TRIB. Como está tan oscuro!... ¿Qué ocurre?

MAROT. Venimos... no lo adivinas?

TRIB. No.

MAROT. Pues venimos á robar para el rey á la esposa del señor Cossé.

TRIB. (Respirando.) Ah! Magnífica idea!

COSSÉ. ¡Estoy por romperle la cabeza!

TRIB. ¿Cómo os arreglareis para llegar hasta su aposento?

MAROT. (A COSSÉ.) (Dadme la llave de vuestra casa.)

COSSÉ se la entrega á MAROT y éste la trasmite á TRIBOULET. El bufon tienta la llave y reconoce en ella el cincelado blason del conde.

TRIB. Sí, esta es; tiene tres hojas de sierra, que constituye su blason. (Soy tan necio que me habia imaginado otra cosa.) Pues si venís á robarla, ahí teneis el palacio de su marido.

MAROT. Con ese objeto venimos todos enmascarados.

TRIB. Pues dadme tambien una mascarilla.

MAROT le pone una máscara, añadiéndole una venda que le ata sobre los ojos y sobre las orejas.

Y ahora qué vamos á hacer?

MAROT. Ahora nos sostendrás la escala.

Los caballeros suben por la escala, fuerzan la puerta del primer piso que dá á la terraza y penetran en la casa. Poco despues uno de ellos aparece en el patio y abre la puerta: luego el grupo de los caballeros baja al patio y franquea dicha puerta, llevándose á BLANCA, desceñida y despeinada, que resiste todo lo que puede.

BLAN. Padre, padre mio! Socorro!...

LOS CABALLEROS. Victoria!

Desaparecen llevándose á BLANCA.

TRIB. (Que se ha quedado solo al pié de la escalera.) ¡Me están haciendo pasar aquí el purgatorio! Deben haber acabado ya.

Suelta la escala, se lleva la mano á la mascarilla y se encuentra con la venda.

¡Los tunantes me han vendado los ojos!

Se arranca la venda y la mascarilla. A la luz de la linterna sorda que han dejado olvidada en el suelo vé un objeto blanco, lo recoge y reconoce que es el velo de su hija. Se vuelve y vé que la escala está apoyada en la pared de su terraza y la puerta de su casa abierta. Entra en la casa como un loco, y reaparece un momento despues, arrastrando á la dueña amordazada y casi desnuda. La contempla con estupor, luego se mesa los cabellos lanzando gritos inarticulados, y al fin recobra la palabra y grita sordamente:

¡Ha caido sobre mí la maldición del anciano!

Cae sin sentido.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

El Rey

Antecámara del REY en el Louvre, decorada segun el gusto del Renacimiento.—En primer término una mesa, un sillón y una silla de tijera.—En el fondo una gran puerta dorada.—A la izquierda la puerta del dormitorio del REY.—A la derecha un aparador lleno de vajilla de oro y de esmalte.

ESCENA PRIMERA.

LOS CABALLEROS.

GORD. Vamos á preparar el desenlace de la aventura. Es preciso que Triboulet se atormente y se desespere, sin dejarle sospechar que hemos traído aquí á su adorada.

COSSÉ. Que la busque es muy natural... pero si los porteros han visto cómo la introducíamos esta noche...

MONT. Hemos mandado ya á todos los ujieres de palacio que digan que no han visto entrar esta noche á ninguna mujer.

PARD. Además, uno de mis lacayos, muy hábil en esta clase de intrigas, ha ido á desorientar al bufon diciéndole que á media noche él vió que llevaban á la fuerza á una mujer al palacio de Haltefort.

COSSÉ. (Riendo.) Pues ese palacio está muy lejos del Louvre.